REVISTA DEL PACIFICO.

REVISTA

DEL

PACIFICO,

LITERARIA Y CIENTIFICA.

TOMO II.

VALPARAISO:

IMPRENTA Y LIBRERIA DEL MERCURIO DE S. Tornero y Ca.

UN' RAPTO.

NOVELA HISTORICA.

I.

Imitando a la jeneralidad de los escritores, aunque tal no sea yo, preciso será que empiece fijando una época.

Era, pues, el año de 1817.

Valparaiso, si bien en ese tiempo no ostentaba mas que el pajizo rancho o la vetusta casa con sus murallas de fortaleza y aspecto de lo mismo; si varias de sus calles, por no decir todas, eran casi intransitables bajo muchos aspectos; si apenas se sentia ese movimiento, esa ajitacion que hoi aturde a los de por sí aturdidos provincianos que suelen visitarnos; si a su bahia no arribaba mas que de tarde en tarde y a los gritos de navio! navio! una que otra embarcacion triquera con dos o tres meses de navegacion desde los puertos del Perú; si sus habitantes no sabian mas que rezar bien, leer mal, muchos apenas deletrear y no pocos ni el Cristo conocer; si era una gran novedad encontrar en una casa lo que hoi se llama piano y entonces clave, dándose este nombre como célebre a la calle en que se tocaba; si no habia mas policia que la sevillana o la daga que cada cual ostentaba en su cinto o en la bota guardaba:-si Valparaiso tenia todos estos defectos, decimos, en cambio se vivia en él mas feliz que hoi dia. La crítica era entonces casi desconocida, o por lo menos no habia llegado al grado en que la ha colocado la civilizacion, pues nadie ignora que a su impulso todo marcha, sea bien o mal. En esos tiempos se paseaba, se divertia, se comia, se dormia en fin con inocencia; y esto equivale a decir que se vivia con felicidad.

Acaso no será mucho avanzar si decimos que la naturaleza misma contribuia a solazar la vida del porteño. Con la primavera los alrededores de Valparaiso pasaban por una agradable metamórfosis: los campos o cerros que circundan la poblacion, menos maltratados por la mano del hombre, se presentaban cubiertos de vejetacion y engalanados con las variadas flores que, si hoi abren su cáliz al amor del templado sol de primavera, es para probarnos que ellas tambien han ido dejenerando como la pobre humanidad!

Algunas humildes casas levantadas en esos cerros, casas que parecian haber brotado de la tierra junto con los árboles que las sombreaban, eran entonces verdaderas moradas de campaña. Colocadas en medio de ese estenso jardin silvestre, como era el campo en la estacion florida, sus moradores aspiraban un aire purificado por el mas saludable de los ambientes, cual es el que emana de las benéficas yerbas y plantas que producen nuestras tierras.

Penetrar en una de esas casas, contemplar cuanto objeto encerraban, conocer las costumbres o jénero de vida de sus habitantes, todo, todo equivale a encontrarse con la felicidad.

Empero, vamos a entrar con el lector en una de ellas, y veremos como la desgracia tambien allí buscaba asilo, asi como supo encontrarlo en el Paraiso mismo.

Si no por novedad o interes, al menos por lo frio de un viento casi glacial que sopla en una noche del mes de agosto, noche clara-oscura (y permítaseme la espresion) pues que una media-luna no disipa del todo las sombras de la noche; por nuestra conveniencia, pues, introduzcámonos, aunque sea de rondon, en una casa situada sobre uno de los cerros que por el Oeste encierran la poblacion de Valparaiso, posicion prominente de donde se podia, a mui corta distancia, dominar todo el puerto con su agrupamiento de edificios y la bahia con sus esparcidas naves, yendo la vista a perderse, cuando no entre las cordilleras de los Andes, allá en el espacio en que se dilata el majestuoso océano.

Al poner el pié en el umbral, ya podra inferir el lector que las ocho han dado, no porque en tan pobre casa hubiese reloj ni cosa parecida, sino porque la familia reunida reza con la mayor veneración bajo la penetrante y escudriñadora mirada de sus padres.

Todo el ajuar de la casa consiste en unas cuantas silletas de madera, otras tantas de madera con paja, y hasta una de madera, cuero y paja: aquellas pintadas, éstas teñidas, y la última, de macizos brazos, mui dibujada y claveteada con algunos tachones amarillos. Entre estos muebles sobresale por su venerable actitud un viejo escaño de seis patas y tres brazos, 'del cual colgaban las guedejas de dos grandes y motudos cueros de carneros parduzeos.

Sobre una mesita, estampados en lienzo unos, y en papel otros,

veíase una congregacion de santos presididos por un Cristo de bulto, todos alumbrados mur de cerca por un escuálido velon de sebo. El grupo de la familia se hallaba postrado sobre una tarima de madera que estaba cubierta con una estera que no dió de sí para lo demas de la pieza.

Terminado el rezo con « una salve para los que estuviesen en pecado mortal, » los niños fueron desfilando en el órden de edad y retirándose al dormitorio, pero no sin tener antes lugar el corres-

pondiente besa-manos, ceremonia en que el niño decia:

-La mano, padre.

—Dios te haga un santo, hijo, agregaba el padre, con las mejores intenciones de su alma, al sentir los inocentes lábios en el dorso de la ríjida mano que poco antes hiciera chasquear el látigo para sa-

cudir el polvo a su querido hijo.

Luego, con el reposo de la familia, la casa quedó en el mayor silencio, siendo solo interrumpido de cuando en cuando por el cercano y casi aterrador valido de algun animal vacuno de los que estaban en el corral. Y ya es tiempo de que el lector sepa que aquella casa era una lecheria, cuya fama habia sido proverbial, no tanto por la buena calidad del artículo que se espendia, cuanto por ser su vendedora la mas linda, aguda y vivaracha de las lecheras.

II.

Ahora que están solos los jefes de la casa, marido y mujer, porque los niños duermen ya el sueño de la inocencia, convendrá que les conozcamos mejor. El hombre, jóven aun, pues apenas tendrá unos treinta y cuatro años, manifiesta un malestar fácil de descubrir a primera vista. De unos ojos algo pequeños, pero tan negros como penetrantes, facciones nada toscas, pelo no mui negro, tes sonrosada, cuerpo ájil y de mediana estatura, lo hacian un hombre nada vulgar, de resolucion y enerjía: a pesar de su semblante un poco severo, se simpatizaba con él porque parecia tener un buen corazon y ser sus sentimientos de los mas delicados. Vestia a lo campesino: holgada chaqueta de sayal, pantalon corto de la misma tela; media gris y zapat on algo bronco.

La mujer representaba idéntica edad a la de su marido: un tanto corpulenta pero bien formada, semblante macilento, facciones algo rudas pero que revelaban la resignacion y el sometimiento al trabajo, todo la hacia aparecer como la mas apropósito para cumplir con la mision de esposa y de madre a la vez. Su traje era tan sencillo y humilde como el de su marido.

Pasados algunos instantes en silencio y sin dirijirse ni una mirada siquiera el uno al otro, el hombre se levantó, y despues de dar algugunos paseos por la habitacion:

-Rosa, dijo, me he determinado al fin; mi partido está tomado.

—Cómo! Siempre piensas en tomar una resolucion? Pues bien: yo te aconsejaria, Pedro, que te resolvieses a vivir en paz, a olvidar a quien en nosotros no pensó ni pensará talvez.

-Nó, eso es imposible: mi deber por una parte y mi desesperada

situacion por otra, me aconsejan lo contrario.

—Si, a mi ejemplo, te resignaras, no pensarias en abandonarnos para ir en pos de la ingratitud. Deberes, atenciones mas sagradas te ligan a tus pequeños hijos.

—Tú cuidarás de ellos, Rosa: por mas que conozca la fuerza de tus razones, hai un poder que me arrastra..... Sí, esta noche misma salgo a la de Dios, y si, Él mediante, encuentro a mi hija, estaré

pronto de vuelta, pero no sin haber antes vengado....

—Cállate, desgraciado! le interrumpió la mujer. ¿Has perdido la razon para atreverte a ofender así a nuestro Dios? Con tales proyectos no pienses, nó, en salir ni menos volver con felicidad al lado de tu familia. Y luego, quién te guiará, a dónde dirijirás tus pasos

con algun acierto, siquiera con remotas esperanzas?

—Cierto que son mui vagas cuantas noticias he adquirido; mas, la justicia de mi demanda, el instinto de padre, mi sed de venganza!.... Ah! seis meses sin saber de ella! Seis siglos de deshonra, de tormentos para mí! La encontraré, no lo dudeis, Rosa, la encontraré aunque la hayan soterrado para sustraerla a mis pesquisas. Y entonces volveremos a ser felices teniéndola a nuestro lado, y ella nos acariciará como siempre, y sus hermanitos ya no llorarán por su ausencia, y a nuestra casa volverá la calma, y la felicidad..... ¿ No es verdad, Rosa?

Esta, al parecer tan resignada, a las palabras de su marido recordando a su hija no pudo proseguir afectando serenidad: las lágrimas se desprendieron de sus ojos, sin poder ocultarlas a la vista de su sagaz esposo.

El buen Pedro sintió que el corazon se le oprimia, y conmovido

en estremo, esclamó:

—Ah! tú que me aconsejas la conformidad, tambien desesperas! Pero no llores, Rosa, que si un doble pesar te anonada en este momento al saber que estoi decidido a partir, consuélete la esperanza de tener aquí mui pronto reunida toda la familia. Un presentimiento me dice que he de ser el portador de nuestro mas valioso tesoro..... Empieza, pues, Rosa, por arreglar lo necesario para mi viaje, mientras yo ensillo mi caballo..... Mi hermano Domingo queda a cargo de todo el ganado; ya le he hablado con anticipacion.

Diciendo esto, Pedro tiró a un lado la tranca con que estaba asegurada la puerta que daba al corral, y salió en busca de su caballo.

Rosa, entretanto, con la vista empañada por las lágrimas que vertian de sus ojos, empezó a hacer los aprestos del viaje. Por mas entera que fuese su alma y bien dotados sus sentidos, no podia sino con gran dificultad hacer lo que deseaba. Su imajinacion, ora vagaba por un mundo desconocido para ella, y veia a su hija abandonada, sin recurso alguno, sin un pan que comer! ora se le presentaba su marido, dominado por la desesperacion, amenazante, iracundo, dejándose caer sobre el raptor de su hija y vengando su deshonra! Y despues de todo esto, ella tambien abandonada en el mundo, sin marido, sin su hija y hasta sin razon ni hogar!....

Entró, por fin, Pedro preguntando si ya todo estaba listo; a lo que contestó su buena mujer precipitándose en los brazos de su esposo, deshecha en lágrimas, la actitud suplicante y recordándole que siete

hijos quedaban esperando su pronto y feliz regreso.

Al llanto de Rosa despertaron algunos de sus hijos: medio despiertos, medio dormidos, se precipitaron al centro de la casa, y colgándose de los vestidos de su madre, sollozaban, jemiau, gritaban como bajo la impresion de una pesadilla. ¡Era la primera vez que se les alejaba su padre!

Pedro, casi fuera de sí, abrazó a su esposa, besó y acarició a sus hijos; luego, como un atolondrado, cojió sus botas de campo, un par de alforjas apertrechadas, descolgó sus espuelas y salió casi corriendo a tomar el aire que parecia faltarle a su respiracion.

Toda la familia le siguió; pero él, no bien logró ataviarse, saltó sobre su caballo pronunciando con dificultad estas palabras:

-Adios, Rosa!.... mis hijos, sobre todo!.... mis hijos!....

Rosa entró con sus niños en la casa, y haciéndolos arrodillarse:

-Pidamos a Dios, dijo, que guie los pasos de ese buen padre!

III.

El mes de febrero de 1818 se presentaba como uno de los mas fecundos en acontecimientos: los desastres y calamidades de que diariamente se tenían noticias, provenientes ya de los encuentros de las fuerzas patriotas con las del rei, ya de partidas de guerrilleros que en sus correrias hacian prodijios, no tanto de valor como de barbarie, siendo el terror de las jentes pacíficas y abandonadas en los campos del Sur; los hechos de Pincheira, que la misma fama de la guerra pregonaba con espanto; los grandes aprestos que se hacian para decidir en un próximo encuentro la causa de vida o muerte-para el pais: todo esto y mas aún llenaba de consternacion a las familias, quienes tenian, si no la vida de uno de sus miembros o de un amigo comprometida en la guerra, al menos corrian peligro sus intereses, sus convicciones el riesgo de sufrir un doloroso desengaño: no habia persona, por insignificante que fuese su posicion social, que pudiese decir como en nuestras contiendas fratricidas de hoi dia: «Yo soi neutral: nada espero ni temo de uno ni de otro bando; lo que siento es el derramamiento de sangre, la ruina del pais.» Ah! ¿y en esos tiempos no se apreciaban las vidas, no se lamentaba la ruina del pais? Era que entonces habia patriotismo y se peleaba por la independencia, por la libertad! Se pelcaba por lo que habia de darnos patria, héroes y jénios, prosperidad y civilizacion!

Empero, volvamos a nuestro principal objeto: todos, pues, hacian esfuerzos por aniquilar al enemigo comun; todos tenían algo que

evitar a sus hostilidades.

Un jóven patriota, como de 20 años, hermoso y de noble continente, hijo de un viejo hacendado del Sur, era uno de los que tenian tesoros que ocultar. Sabedor de que algunas partidas enemigas recorrian los campos vecinos y no tardarian quizás en caer por allí, tomó el partido de llevarse a la prenda de su alma, a su querida Aurora, lo mas distante posible de las casas de la hacienda, donde hasta entonces la tenia guardada.

Una noche montó en su caballo, se la echó a la grupa con el niño que llevaba en sus brazos, y picó al animal con direccion al bosque.

La noche era oscura, pero no tanto que hubiera impedido examinar de cerca la hermosa pareja que llevaba encima un manso y bonito animal.

Si no hubiese sido por los tres años en que la edad del jóven aventajaba a la de su linda compañera, cualquiera no hubiera considerado mui aventurado el tomarlos por hermanos jemelos.

Habremos hecho la descripcion de ambos personajes diciendo que Aurora era tan preciosa como su nombre, y su compañero el mas

digno de ella.

La criatura que Aurora llevaba en sus brazos no tendria aun dos meses, segun podia deducirse del débil llantito que a las veces se sentia. Al llegar a una honda quebrada que era preciso atravesar por un estrecho sendero, por mui diestra que fuese Aurora para tenerse en el caballo, suplicó a su querido que la bajase de él para atravesar a pié todo el trecho peligroso.

-No, Aurora, confia en el buen animal que nos lleva: toma bien

no mas el niño y sujétate de mi cintura.

-Pero, ¿no ves, Florencio, que el camino es pésimo y el menor resbalon....

-No tengas cuidado: el caballo tiene medido palmo a palmo este

mal paso.

Efectivamente; el animal parecia dotado de una intelijencia casi racional: de trecho en trecho se paraba un instante y bajaba la cabeza como para cerciorarse del terreno en que iba a sentar sus cascos.

Sin ningun contratiempo bajaron hasta el fondo de la quebrada; pero allí la criatura empezó a llorar mucho, por lo que Florencio creyó justo se apeasen por un momento. El niño calló luego que su madre le dió el alimento y el abrigo de su propio seno. Entretanto, Florencio se sentó al lado de Aurora, y con voz algo concentrada esclamó:

—¡ Hoi hace un año justamente que te poseo, querida mia, y aun no puedo volverte la calma que te robé!.... Bien sabe Dios que de mi voluntad no depende!

—Qué haremos, Florencio, si un fatal destino contraría tus deseos! Tú me has arrebatado, es verdad, la calma de que antes gozaba; pero no es eso lo que siento: el golpe dado a mis padres, la tortura en que les tendré, la incertidumbre en que vivirán respecto de mi suerte... esto es, Florencio, lo que amarga mi existencia, lo que me abate sin cesar!

—Y nadie seria el autor de tus desgracias, alma mia, sino quien te ha precipitado en este laberinto que llamamos mundo!.... Pero ¿no participo yo tambien de tus inquietudes? ¿No sufro, y quizás con mas dolor que tú, los efectos de nuestro amor? Por desgracia, poco confiais, Aurora, en la esperanza que me dá aliento y que aun calma mi desesperacion.....

—¡ Siempre es una esperanza lo que se ofrece al desgraciado como el iris precursor de la felicidad; cuando no pasa de ser un fantasma que se nos espeta, fantasma que toma mas o menos dimensiones, segun son los pensamientos que asaltan nuestra imajinacion!

-Entonces desconfias completamente de la dicha que nos espera?

La jóven no contestó.

—Vé, Aurora, prosiguió Florencio, mi padre ha salido hoi para la capital, confiándome el cuidado de la hacienda a mí solo como el único hijo que posee. Él espera únicamente a que el pais se tranquilice para emprender un viaje a Europa; y entonces podriamos unirnos para siempre, sin que él se atreviese a persistir en su negativa a nuestro enlace. Tenemos un hijo, y este nuevo motivo influirá poderosamente en su voluntad. Ademas, hoi he tenido noticias de que el ejército del rei se ve amenazado de muerte por las armas patriotas: en pocos dias mas estará terminada la guerra y afianzada para siempre nuestra libertad.

-Ah! bien sabes, Florencio, cuán poco confio yo en esas acciones

y reacciones que nos tienen en continua zozobra!

—Esta vez, por el contrario, yo veo que estamos en vísperas para entrar en esa vida tranquila que nos hará felices a nosotros, al pais entero, a medio mundo en fin! Dios mediante, con fé espero este resultado.

—Él lo quiera, Florencio! Sin embargo, corren rumores de que numerosas montoneras enemigas andan sembrando el terror, la muerte, la devastacion por los campos, principalmente en las haciendas en donde suponen o saben que se arman algunos patriotas para defender sus derechos, sus propiedades, sus vidas.....

A estas últimas palabras, Florencio fijó la vista en Aurora, porque notó que las recalcaba demasiado, lo cual le hizo sospechar que habria llegado a su noticia los preparativos que se hacian en la hacienda para el caso de ser sorprendidos por algunas fuerzas ene-

migas.

—Eso no te inquiete, tímido y escelente corazon, le dijo Florencio afectando preocuparse mui poco de lo que Aurora le decia. Son cuatro desesperados los que han emprendido esa carrera; pero nosotros les haremos lo que se llama guerra de recursos, y a fé que si ellos llegan por nuestra hacienda.....

-Es lo que temo, Florencio; se dice que esos montoneros son una jente desalmada que no sabe lo que es compasion ni miseri-

cordia.

—¡Guerrilleros y nada mas! Con sus escaramuzas asustan a nuestros pobres campesinos, y entonces hacen de las suyas; pero que se acerquen por aquí, y ya verán como nuestros huasos, a palo y lazo, los tratarán como a perros.

Aurora parecia gozarse en contemplar a su querido mientras se espresaba dando tan poca importancia a sucesos que le habian refe-

rido a ella de bien distinto modo.

· Que no te preocupe temor alguno, alma mia, le dijo Florencio; cuida de nuestro hijo, que lo demas irá bien.

Al recuerdo que hizo del niño, advirtió Aurora que se habia que-

dado dormido, y dijo:

-Seguimos adelante?

Florencio se levantó, y despues de colocar a Aurora en el anca del caballo, montó él sin que tan bien enseñado animal ni siquiera se moviese.

IV.

La subida fué menos trabajosa.

Continuó la marcha con toda felicidad hasta llegar al pié de elevadísimas montañas, cuya majestad apenas permitia ver como un átomo el rancho que parecian buscar los viajeros y que estaba casi perdido en la espesura del bosque.

- —Hemos llegado, observó Florencio. Como ves, Aurora, este lugarcito ofrece por su posicion un seguro asilo contra todo lo que pudiera serte incómodo. En él no vive mas que el vaquero, su mujer y dos o tres hijos que tienen. Creo que aquí no encontrarás malo sino la soledad.
- —Eso no importa, mi amigo; ya estoi acostumbrada con ella: lo que sí sentiré mucho será tu ausencia.
- --Vendré diariamente a verte, dueño mio, y así no estrañaremos el cambio.

El caballo se habia detenido a una puerta cuyas varas le estorbaban el paso. Varios perros, saliendo de sus escondites, se precipitaron ladrando sobre el bulto que habian visto; pero luego parece que algo les dijo al olfato que la jente era de casa, y concluyeron por callar y menear la cola.

La puerta del rancho fué abierta, apareciendo un hombre con una luz en la mano. Al llegar éste a las varas:

- Nos esperabas, Juan? le preguntó Florencio.
- -Sí, señor, contestó el vaquero; desde temprano.
- -Bien: recibe a Aurora, y muéstrale en seguida tus pobrezas.
- —Señor, todas le pertenecen, y siento que nada valgan; pero el cariño lo suplirá todo, señor.
- —Gracias, amigo, dijo Aurora; yo tambien soi una pobre y me avengo bien con las jentes de mi clase con tal de que sean honradas.
- -Lo que es eso, señorita, ahí está mi patron que responderá por mí.

—Como nó: Juan es un buen muchacho, Aurora; hombre de bien, trabajador, y como tal el mas querido de mi padre; sujeto a quien yo tambien he distinguido de los demas inquilinos, y que ahora mismo doi de ello una prueba confiándole las prendas de mas valor que en el mundo poseo.

-De ellas, señor, responderé con mi vida!

-Gracias, Juan, gracias.

Todos se dirijieron en seguida al rancho, en donde se operó una completa revolucion: los niños se metian en las petacas, la mujer daba vueltas sin saber qué hacer; y todo porque el rico habia llegado a la casa.

Asi que las cosas volvieron a su estado normal, no se cansó Florencio de recomendar a su amante Aurora con su hijo. Todo sacrificio exijia para ellos y solo para ellos.

Escusado será decir que Florencio se despidió esa noche de una manera harto orijinal, y para hacerlo así él tenia sus razones. Aurora lloró, le abrazó, le presentaba repetilas veces a su hijito; y para ello tambien Aurora tenia sus rázones.

Juan acompañó a su patron hasta, bien distante de su rancho.

-Señor, le decia por el camino, ¿viene Vd. mañana?

—Talvez, pero es preciso que tú vayas bien temprano para entregarte varias cosas que harán falta a Aurora. Tengo que hacerte tambien varios encargos, pues quiero preverlo todo. Tú sabrás que las guerrillas salidas de Chillan han pasado ya el Itata, y es preciso estar alerta. ¡Quién sabe, Juan, lo que puede suceder!

—Y hai armas en la casa, señor?

—Mui buenas, y creo que mi jente sabrá aprovecharse de ellas... No dejes, pues, de ir mañana; pero de esto nada digas a Aurora. Buena noche, pues, Juan.

-Dios le acompañe, señor.

V.

Estando para entrar en accion los dos ejércitos que debian dar por resultado el triunfo de las armas patriotas en los campos de Maipú, cuatro guerrillas, organizadas en Chillan por los defensores de la causa del rei Fernando VII, salian para el Norte al mando respectivo de sus jefes Ibañez, Zapata, Pincheira, y el vizcaino don Francisco de Mendoza, este último comandante en jefe de los cuatro pelotones de guerrilleros.

Estas fuerzas se componian de españoles, algunos hijos del pais

amantes de la monarquia, y tambien de jentes que tomaban las armas porque encontraban ocasion para ello, sin poder darse cuenta de la causa que defendian, ni menos si buena o mala era la que iban a combatir.

En su tránsito por los campos habian dejado bien trazadas sus huellas.

Los maulinos, patriotas decididos, al saber que esas montoneras debian sorprenderlos, mudaron como por encanto su poblacion a la márjen opuesta del rio Maule. Hasta la única campana que habia en el pueblo se la llevaron consigo; pero no calcularon los infelices que sin armas ni recurso alguno con que defenderse, serian estériles todos sus esfuerzos de resistencia. Asi fué que, cuando menos se lo imajinaban, una montonera les cayó encima, y despues de una hora de disparos recíprocos de fusileria desde una márjen a otra del rio, el triunfo quedó por el rei: allí se pudieron tomar algunas embarcaciones, y atravesando el rio se hicieron varios prisioneros. Maule era, pues, ganado por los fieles sostenedores de la monarquia.

Entretanto, Pincheira hacia de las suyas por otra parte: llegaba a los poblados y preguntaba si no habian visto pasar por allí a esos picaros godos.—«Sí, le contestaban, no hace mucho atravesó por aquí una montonera haciendo desatinos.»—«Ah! bribones! ¿No tienen Vds. caballos y armas para que los sigamos?» « Cómo nó, » decian los pobres huasos, y salian de sus casas armados y en disposicion de perseguir a los godos. A poco andar, Pincheira los ponia a la vanguardia de su jente y los hacia fusilar traidora y cobardemente por la espalda.

Sigamos, pues, los pasos de esas célebres guerrillas, que ya han atravesado los rios Itata, Maule y Mataquito. Avanzan para el Norte y preparan un golpe a una hacienda que estaba como a una legua solamente del último de estos rios.

Probable es que el lector haya inferido que el punto objeto del asalto premeditado por la guerrilla, no es otro que la misma hacienda en que Florencio preparaba su jente para el caso de un ataque de los montoneros.

Justamente al inmediato dia de haber llevado a Aurora a casa del vaquero Juan, cuatrocientos y tantos guerrilleros invadieron las casas de la hacienda cuando el dia aun no aclaraba bien y estando los inquilinos completamente desprevenidos. Estos desgraciados no tuvieron tiempo ni para echar mano a sus armas: la dispersion, la fuga fué el único partido que pudieron tomar; empero los despiertos defensores del rei Fernando rodearon en un momento los potreros

de la hacienda y con sus tiros hicieron replegarse a las casas la mayor parte de los que huian.

Dueños del campo y bien asegurados los insurjentes, de los cuales mui pocos pudieron escaparse, debia formarse un consejo para juzgarlos. De veinte y tantos prisioneros, siete fueron condenados a muerte, ejecucion que debia tener lugar al siguiente dia.

Florencio fué tambien cojido, y considerado como jefe o cabecilla, se le sentenció a sufrir la pena capital como a los mas comprometidos de sus subordinados.

Un cuarto le fué designado para que le sirviese de calabozo, y en donde debia pasar las horas de capilla encomendando su alma a Dios sin mas socorro ni consuelo espiritual que el que pudiera encontrar en su conciencia, en su propia alma, en la relijion que profesaba!

Al verse solo, prisionero y reo de muerte, su primer pensamiento fué consagrado a Aurora y su tierno hijo. ¡No haber podido siquiera dejar su nombre como herencia lejítima a tan desgraciadas criaturas! ¡Sorprenderle la fatalidad precisamente en el momento mismo en que pensaba asegurar la suerte de sus mas canas afecciones, y para lo que solo esperaba al vaquero Juan! Qué seria de este! Si tambien le cojerian al presentarse en la hacienda sin saber lo ocurrido!.... ¡Qué golpe no se daria a Aurora al noticiarle de su prision, de su fin! Si podria ¡tierno y amante corazon! resistir a la pérdida de su primer amor!.... Qué suerte correrian en el mundo ella y su hijo!....

Estas y otras reflexiones preocuparon su imajinacion por largos momentos. Encerrado y sin que la mas ténue luz penetrara en su calabozo, se le presentaba asaz sombria y tétrica su situacion. Ignoraba completamente la suerte que cabria a sus inquilinos; pero de tiempo en tiempo los agudos gritos y lamentos de alguna madre o esposa que penetraban hasta su estrecha prision, iban a orientarle un tanto del jiro fatal que tomaba la causa de sus pobres jentes. Esto, que hubiera podido conformar a una alma egoista, ponia en la mas desesperante situacion al noble y buen Florencio; pues él se consideraba el autor de todas las desgracias que pudieran sobrevenir a sus pobres huasos, esas almas tan sencillas y grandes, como humildes y sumisas aparecian en su esterior!

—Hé aquí el abismo a que he arrastrado a esos infelices! se decia Florencio. ¿Qué les importaba a ellos ni a mí la independencia ni la libertad? ¿Quedará siquiera algun recuerdo de esas víctimas que van a ser sacrificadas por el despotismo? ¿Serán inscritos sus nombres en las sagradas pájinas de los mártires de la patria?... Error! Ahí está el Redentor del jénero humano que parece le veo rechaze r

mis quejas! Ah! Dios mio! Solo vos, justo apreciador de nuestros actos, podreis darnos la resignacion que necesitamos para morir con espíritu tranquilo, con el pensamiento elevado solo ácia vos! No nos abandonareis, no, cuando hemos cumplido con el mas santo de los deberes de un ciudadano! Venga, pues, la muerte, que con valor, con entusiasmo la espero!....

Y como un idiota en todo el acceso de su demencia, empezó a dar fuertes y repetidos golpes a la puerta de su calabozo. Esta fué abierta, y presentándose un realista armado:

-Qué quiere, qué tiene Vd? le preguntó.

Al fijarse Florencio en el individuo que le interrogaba, no pudo menos que asombrarse de su aspecto, pero sin poder darse cuenta del motivo.

—Me parece Vd. un buen hombre, y desearia me hiciese el servicio de llamar a sus jefes.

-No hai inconveniente, jóven.

El realista, despues de encomendar a otro de sus compañeros el cuidado del prisionero por un momento, fué él mismo en solicitud de lo que deseaba el reo que estaba custodiando.

No tardó en volver con los jefes.

—Qué se os ofrece, amigo? preguntó el que parecia ser el superior de todos.

—Señores, aunque he considerado como proverbial la hidalguia de los realistas, quiero de ello tener ahora una prueba: perdonad a esos inocentes que teneis condenados quizás a morir; no tienen mas culpa que el haber obedecido como buenos servidores al patron que les dá el pan. Aquí me teneis: yo soi el único culpable; disponed de mí... ¡Dejadme morir siquiera con la conciencia tranquila!...

—Sentimos no poder satisfaceros: ya estais todos juzgados como rebeldes, y aquí no hai apelacion..... Centinela! cerrad esa puerta, y cuidado con el prisionero!

VI.

Qué era del vaquero Juan?

En cumplimiento a la órden de Florencio, con noche aun montaba en su caballo y se dirijia a las casas de la hacienda: no le faltarian diez cuadras para llegar a ellas, cuando sintió algunos tiros que le hicieron detener el caballo como por un golpe eléctrico. Fijó luego la vista en el lugar de donde habian salido, y no tardó en ver la dispersion de jente y el rodeo que practicaban los realistas. Dudando del confuso laberinto que se presentaba a sus ojos, resolvió detenerse por algunos momentos para poder cerciorarse del desenlace que tuviera aquella escena. Le bastaron algunos segundos para conocer la realidad: un fujitivo, caballero en pelo, parecia tomar la direccion en que él se hallaba. Juan no esperó otra prueba que pudiese costarle cara, y tornando la rienda a su caballo, le clavó la espuela para volver atras al escape.

En un momento se puso Juan en su rancho. Al verle tan pronto de regreso su mujer, que ya estaba en pié con todos sus hijos, no pudo menos que preguntarle por la causa de su pronta vuelta; a lo que el vaquero solo contestó llevando el dedo a la boca en señal de

que convenia guardar silencio.

Aurora, que no habia dormido en toda la noche a causa de los fatales presentimientos que la ajitaban, sintió la llegada de Juan y notó el silencio que sucedió a la pregunta de su mujer. Saltó de su humilde lecho y, apenas vestida, salió fuera del rancho. En el mismo instante llegaba a todo galope el jinete que habia dejado atras el vaquero. Los recelos de Aurora fueron confirmados.

-Qué sucede, Dios mio! esclamó.

—Una gran desgracia, señorita, gritó el recien llegado; la hacienda está llena de montoneros!... No sé cómo me he escapado!...

A las primeras palabras, Aurora lanzó un grito, Juan dió algunos pasos con el objeto de interceptar la noticia, su mujer se quedó como clavada en donde estaba, y los niños corrieron ácia ella como los polluelos cuando sienten el zumbido del halcon cruzando el aire!

—Ah! bien me lo decian, y mi corazon lo confirmaba! esclamó Aurora. Juan, dadme un caballo, por Dios, un caballo para ir a las

casas! Quiero salvar a Florencio, aunque me cueste la vida!

Pere, señorita, eso es imposible! El patron no tardará talvez en llegar, y una vez entre nosotros, estará seguro, porque es difícil, para uno que no sea vaqueano, elejir con acierto el camino que, entre otros muchos, parte del llanito para penetrar en este espeso bosque.

-Si no me dais lo que os pido, me marcharé a pié; no hai tiempo

que perder!

-Y el niño, señorita Aurora? observó la mujer del vaquero.

—El niño?.... Es verdad!.... Pero nó, le llevaré conmigo, y estei cierta que su presencia influirá en los sentimientos de los enemigos.

—Esto no le consentiré yo, dijo Juan; respondo de Vd., no solamente a mi patron, sino que ante Dios tendria que dar cuenta de mi descuido o debilidad. Señorita, yo no le dejo partir de mi rancho. —Insensato! Y Florencio? ¿Crecis que tenga valor para dejarle en manos de sus verdugos, sin tocar antes cuanto resorte pueda?

—En ese caso, yo seré quien vaya a las casas; y aunque peligre mi existencia, por lo menos me acercaré lo posible para saber algo

de la suerte que haya cabido a mi buen patron.

—Tambien yo me hallo en el deber de dar hasta mi vida, si necesario fuese, por el caballero Florencio, dijo con emocion el que habia llegado poco despues del vaquero. Yo te acompaño, Juan, y sabremos de nuestro patron a pesar de todo. Mudemos caballos y... confie en Dios, señorita, añadió dirijiéndose a la desesperada jóven.

-Acepta este partido? preguntó Juan a Aurora.

—Sí, pero bajo la condicion de tomar mis medidas en caso de que no este de vuelta en tres horas mas con buenas o malas noticias de Florencio.

-Convenido, dijo Juan.

En un instante fueron ensillados los caballos y partieron los dos inquilinos, quedando Aurora y la pobre mujer del vaquero en la mas azarosa situacion, llorando ambas a dos y consolándose recíprocamente.

- —No parece sino que alguna maldicion viniese pesando sobre mí desde algun tiempo a esta parte, decia Aurora. No podria yo, Josefa, sobrellevar estos contratiempos, si mi amor a Florencio y a esta infeliz criatura no me dieran el valor necesario. Solo anhelo la vida por ser útil a ellos, para consagrarles mi atencion, mi cariño, mi amor todo!
- —Bien hace Vd., señorita Aurora, decia Josefa, porque esa es una gran virtud que Dios le premiará algun dia. No pierda la fé, y ya verá como El que todo lo puede no se hará sordo a sus clamores..... Pero qué le daria a Juan! Irse así no mas a meter a las casas! Es tan bárbaro ese hombre, señorita Aurora, que talvez va a introducirse con el otro allá entre esos realistas endiablados y capaces de comêrse vivos, no digo a ellos..... Y entonces qué haria yo, señorita, con esta parvada de niños? Dónde encontraria un rincon en que meterme con ellos?
- —Pierde cuidado, Josefa, que yo tengo familia y estoi segura de que mis padres no me han olvidado aun. Si Dios nos abandonase en estos lugares, saldriamos a pedirles a ellos un asilo, que demasiado buenos son para que pudieran negárnoslo.

-Y por qué Vd. dejó a sus padres, señorita Aurora?

—Ai! Josefa! Mi historia es bien larga para que en la actual situacion pudiera referírtela! No sé si la fatalidad o qué poder irre-

sistible fué el que me arrancó_del seno de mi familia; lo cierto es que mi vida perdió desde entonces esa dulce calma que solo sabemos apreciar cuando la hemos abandonado sin saber lo que ella vale.

Por algunos instantes no salió Aurora, ni la inculta Josefa, de ese círculo en que se encierra toda criatura que se cree la mas desgraciada del mundo. El consuelo es Dios, esa fuente saludable al espíritu en que todos beben la esperanza que les alimenta..... creo que mas allá del sepulcro.

Dos horas no habrian trascurrido, cuando se sintió en el rancho

del vaquero el inmediato galope de caballos.

Al apercibirse de ello Aurora, al instante se alzó de su asiento, pero las piernas casi no podian resistirle; las fuerzas le faltaban. Una palidez, hermosa si no hubiese sido mortal, cubria su semblante; el corazon le palpitaba con violencia; su cuerpo todo temblaba.

Aurora no tuvo valor para interrogar a Juan; pero con su actitud, con la mirada mas espresiva fué a confundir al vaquero que llegaba

sin saber cómo dar la mala noticia de que era portador.

-Señorita Aurora.....

-Habla, Juan!.... No me mantengas en esta situacion!....

-Estamos mal, señorita..... Todo debemos esperarlo solo de Dios!

—Dime cuanto sepas, hombre despiadado! Qué es de Florencio, dónde está, si vive o muere.....

-Vive aún, señorita.

 $-A\acute{u}n?!...$ Cómo es eso? Esplícate, Juan: ¿ acaso corre peligro la vida de mi amor?

El vaquero no contestó: inclinó la cabeza y gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

—Juan, no me ocultes la verdad! Quieres mentir, y tú mismo te descubres!.... Ah! lloras en'lugar de hablar!.... Qué es lo que ocurre, Dios mio!

-Hemos sabido que..... está sentenciado..... a muerte!! articuló ape-

nas el pobre vaquero.

La última palabra produjo en Aurora un efecto terrible. Pobre jóven! Fue a caer en los brazos de Josefa!—(Concluirá).

office and a second of the second

ROMAN VIAL.

Y por la patria nos salvaremos, contestó otro de los prisioneros.
Bien! Que siquiera esa esperanza os ayude a bien morir.

Diciendo estas palabras, el jefe de la guerrilla se retiró para ordenar se hiciesen los preparativos. Estos consistieron en designar los tiradores que debian gozar del *privilejio* de ultimar a los insurjentes.

En seguida, preparadas las ligaduras, las carabinas cargadas, los reos salieron escoltados por sus enemigos.

La operacion era asaz sencilla para los realistas. A poca distancia de las casas habia una gran vara que servia como atadero de bestias. Pues bien: allí mismo fueron amarrados de las manos los siete patriotas. Sostenidos por sus propios pies, la vista descubierta, el corazon puesto en Dios, alentándose unos a otros, recibieron una descarga cuyos ecos fueron a herir a mas de un corazon!

Aclarada un tanto la escena, se vió a esos desgraciados, los unos descansando ya, los otros luchando aun con la muerte. Algunos se habian desprendido de la vara, y despavoridos corrian sin saber a dónde: luego les alcanzaba una bala, y entonces, o caian redondamente, o dando alaridos se detenian, vacilaban, hasta que iban a revolcarse en su propia sangre! Hubo hombre ¡y cosa estraña! que dejó atadas en la vara sus dos manos y echó a correr hasta que algunos tiros le detuvieron en su insensata fuga! (1)

Tal fué el fin de esos pobres campesinos: murieron a manos de encarnizados e implacables enemigos. El martirio fué cruel, atroz!

Empero aun padece un patriota, todavia pena en el mundo otra víctima: Florencio!

Pobre jóven! Los cortos momentos trascurridos desde que fué encerrado en su prision, eran para él siglos durante los cuales se habian desenvuelto acontecimientos los mas estraordinarios, en que habia visto trastornarse un mundo que antes viera risueño y encantador!

¿Acaso seria un sueño todo aquello, su razon la trastornada, sus sentidos los que habian sufrido esa completa metamórfosis? «No, no! esclamaba de repente; todo es realidad! Estoi perdido para mi Au-

⁽¹⁾ No nos atreveriamos a dar crédito a tan estraordinario incidente, si la persona a quien debemos estos datos no la considerasemos digna de todo crédito, tanto por su conducta, cuanto por haber sido, no relo testigo presencial, sino uno de los principales actores en estas escenas.

rora, para mi hijo, para mi buen padre! Y no sabré lo que es libertad, ni alcanzaré a ver independiente a mi patria!....»

En ese momento sentia en el patio un estraño movimiento: eran los pasos de los reos cuando les conducian a la vara sus custodias.

-Centinela! gritó Florencio por la cerradura de la puerta.

-Qué hai? contestó el guardia.

-Dígame, por favor, qué contiene ese ruido?

-Le interesa?

-Sí.

-Son sus jentes que marchan.... para la eternidad!

Florencio se estremeció como si de la boca del centinela hubiese salido una corriente electro-galvánica. Luego, la rodilla en tierra, cruzados sus brazos, inclinada la cabeza, oprimido el corazon, empezó a rezar por el descanso de aquellas almas que iban pronto a comparecer ante el exelso tribunal.

Al estruendo causado por la descarga, Florencio apretó los ojos, como queriendo sustraer su vista a un espectáculo que tuviera por delante; los dientes le crujieron; sus miembros esperimentaron una fuerte contraccion, como si sobre ellos hubiese ido a caer el filo de una cuchilla. Quedó como petrificado!

VIII.

Rechinó la cerradura de la puerta, y entonces Florencio volvió en sí. Un realista, el mismo cuyo aspecto le sorprendiera poco antes, entró esta vez a su prision.

-Caballero, le dijo, Vd. me sigue.

-A dónde? preguntó Florencio dando dos pasos ácia atras.

-Luego lo sabrá Vd.; venga conmigo.

—Pero, amigo, debo hacer algunos preparativos..... Tengo un hijo, una mujer, y no me obligareis a dejarlos abandonados en el mundo. Tambien poseo un padre, cuyos intereses represento.....

-Eso no impide, jóven, que yo cumpla con mi deber. Vuestros

deseos se cumplirán, no lo dudeis.

—Ah! bien sé que me engañais! Vais a matarme como acostumbrais vosotros; quereis degollarme como a bestia feroz!

-Vd. se engaña, señor.....

—Permitidme siquiera que encomiende mi alma a Dios!.... que rece un acto de contricion!....

Diciendo esto, Florencio se hincó, y dirijiendo su vista al cielo, comenzó a rezar en alta voz, pronunciando cada palabra de la ora-

cion con toda su alma, como si estuviera ya en la presencia divina del Altísimo.

El realista no pudo menos que quitarse el sombrero, y aun se hubiera arrodillado, a no haber temido las importunas miradas de sus compañeros. A tal estremo llegó la ternura del realista, que algunas lágrimas corrieron por sus tostadas mejillas.

—Vamos, señor, ya no puedo permitir que se prolongue por mas tiempo esta situacion..... Palabra de honor, yo no le mataré, ni tendria valor para ello; mas aún: Vd. no morirá, se lo juro.

Sin atreverse a levantar, Florencio fijó su vista en aquel hombre de tan estraordinaria conducta en esos tiempos de esterminio y reciedumbre.

-Vamos, pues, señor; confie Vd. en mí.

Al decir esto, el buen realista se adelantó ácia el prisionero, y alargándole la mano:

-Levántese Vd., le dijo; yo le acompaño, no le conduzco.

Florencio, tomándose del brazo del realista, salió de su calabozo. Aunque marchaba con paso firme y su aspecto manifestaba una gran resolucion, no pudo menos que temblar y aun perder mucha de su entereza de ánimo al presentársele un sangriento y sombrio cuadro, tanto mas horroroso para él, cuanto que algunas de las víctimas eran hombres cuyos brazos le habian estrechado en su infancia!

El realista se apercibió de la fuerte impresion del jóven, y para darle una esplicacion:

—Esto sí que no he podido evitárselo, dijo. He conseguido su perdon, pero a condicion de hacerle pasar por este duro trance.

-Mi perdon!!... esclamó Florencio.

—Sí, luego estará Vd. libre; pero no sin presenciar antes lo que la patria promete a sus hijos.

Entretanto habian llegado al lugar mismo en que estaban los

cadáveres de los recien fusilados:

A Florencio se le escapaban de sus ojos dos corrientes de lágrimas, por decir así; y su alma entraba en mayor tortura a medida que iba reconociendo a sus desgraciados inquilinos, los unos con las manos atadas aun y colgando de la vara, los otros tirados a pocadistancia y en las mas tristes posiciones!

En vano Florencio pretendia apartar la vista de tan sombria escena: para eso hubiera sido preciso salir de aquel recinto; y con

todo, la hubiera llevado siempre grabada en su memoria.

—Repito a Vd., pues, lo que se me ha mandado, decia el realista. Desengáñese Vd., jóven inesperto; estos son los resultados de una mala causa, los frutos que se recojen en el estravio; a esto se reduce lo que brinda la patria.

Y le señalaba con el dedo los cadáveres de los patriotas.

—Basta ya! esclamó por fin Florencio. Prefiero que me conduzcais al suplicio de una vez, antes que pasar por este martirio humillante!.... Estoi dispuesto: despachad!

—Calma, jóven, calma. Yo, a mi pesar, no hago mas que cumplir con las condiciones bajo las cuales he conseguido vuestra salvacion. Algo os habia de costar la *libertad*.

-¡Cómo! es una realidad mi salvacion?..... Y a vos es a quien

la debo?

-Dudais acaso? Venid, jóven; luego os daré la prueba.

El realista atrajo a sí a Florencio y se dirijió con él ácia los potreros de la hacienda.

Al salir al campo, Florencio no pudo retener un suspiro que se le

escapó.

—Ah! ah! parece que respirais con mas holgura, dijo el realista. Ahora yo envidio vuestra suerte. Estais libre..... mientras a mí me espera quizás la muerte a dos pasos de aquí! Sin embargo, algo bueno habré hecho en el mundo y Dios tendrá piedad de mí!.... Adios, jóven; disponed de vuestra libertad!

Quiso marcharse el realista, pero viendo que Florencio se quedaba

pasmado de admiración sin atreverse a dar un paso:

-Adios os digo, jóven, repitió alargándole la mano.

—Adios!.... esclamó Florencio abriendo los brazos y estrechando en ellos al realista con la mayor efusion.

IX.

Los guerrilleros hacian sus aprestos para dejar al dia siguiente el teatro de sus proezas. Abandonarian la hacienda para volver a Talca, en donde mas tarde debian recibir la noticia del descalabro del ejército realista en los campos de Maipú; noticia funesta que habia de obligarles a emprender la retirada al Sur con los fraccionados restos de las tropas vencidas, derrotadas y perseguidas no solo por las fuerzas enemigas, sino por los paisanos, por las mujeres y hasta por los niños patriotas!

No bien entrada la noche, algunos de los realistas se hallaban reunidos en los corredores de las casas de la hacienda, refiriendo cada cual algun incidente o pormenor de los encuentros que con el

enemigo o con jente inerme habian tenido.

—Pues en el Maule volví a nacer yo, decia uno; figúrense Vds. que el granadero que hice prisionero me tuvo a la boca del cañon de su carabina, y no se atrevió a disparar el arma.

-Y cómo fué eso? preguntaron varios.

—Lo van a saber: viéndose el pobre mui acosado cuando pasamos el rio en su persecucion, dirijió su caballo al monte; yo le seguí de cerca, pero al llegar a un lugarcito mui boscoso, se tiró caballo a bajo y se me perdió en la espesura. Sin vacilar, tambien eché pié a tierra y empecé a buscarle; pero en vano. Cansado ya de husmear como un perdiguero, me vuelvo para retirarme, cuando veo a mi buen granadero con el arma preparada, apuntándome de mampuesto y a quema ropa.

-Cobarde! esclamaron casi todos a la vez.

—Infeliz! digan ustedes, observó en tono de reconvencion cierto cabo que, algo melancólico al parecer, se hallaba a alguna distancia de sus compañeros, apoyado en uno de los pilares del corredor.

-Hombre semejante no merece ni compasion, dijo uno de los del

grupo

- —Te equivocas, Bermudes, replicó el cabo; aprecia por un momento la situacion de ese infeliz, ponte en su lugar, y en seguida contéstame. Si dudas aun del valor de ese hombre, pregunta a Palacios cómo murió cuando le fué confiado a sus manos.
- —Cómo! Era ese el granadero? preguntó con asombro el guerrillero Palacios.

-El mismo, el prisionero del bosque.

—Pues les aseguro, amigos mios (y aquí tenemos testigos), que murió como pocos de los que caen en nuestras manos. Le conduje a un punto a propósito, y apenas me detuve, sin que se lo mandase ni dirijirme una sola palabra se hincó con la mayor serenidad; luego se santiguó, murmuró algo parecido a rezo, y, la vista baja, hecho un estatua, recibió el único hachazo que necesité darle para acabar con su vida. Y parece que supe matarle! Creo que le rasgué hasta el alma!

Las carcajadas de los realistas fué una especie de aplauso a las

palabras del valiente Palacios.

—No hai duda, continuó; estos demonios de huasos son unos bárbaros. ¿Vieron ustedes a aquel que nos salió al camino y se presentó al comandante en demanda de justicia? Por Cristo, que aquello me horrorizó! Llevaba aquel hombre todas las tripas afuera y sujetas solo con un pellon que él mismo quizá se habia atado a la barriga. ¡Cuando el Comandante esquivó la vista, diciéndole se

fuese en demanda de medicina y no de justicia..... cómo seria aquello! No sé como ese pobre se sostenia sobre el caballo.

-Luego caeria, dijo uno.

-Y quién le despachurraria? preguntó otro.

—Bahl alguno de nuestros filudos cortantes, agregó un tercero. Entretanto, un campesino que se habia ido acercando poco a poco a los montoneros y llegado a entablar conversacion con algunos de ellos, les preguntaba, como por mera curiosidad, cuál de los que allí se encontraban era el que tan milagrosamente habia conseguido el perdon del rico.

-Y qué te va en ello? le preguntó uno de los realistas.

-Es que....

—Ahí está, es el cabo Montero, le interrumpió otro señalándoselo con el dedo.

-Como me lo pintó el patron; él es, dijo para sí el campesino.

—Qué hai? contestó el cabo aludido acercándose al desconocido.
 —Nada, amigazo; es que deseaba conocerle por su buena accion.

Y aproximándosele cuanto pudo, por debajo de su largo poncho le pasó clandestinamente una carta, diciéndole en voz mui baja:

-Esto le puede ser mui útil, amigo.

El realista se guardó la carta al instante.

En seguida rodó la conversacion sobre asuntos insignificantes para los realistas.

El cabo Montero, el salvador de Florencio, comprendió al momento que la carta procedia del jóven a quien no há mucho habia arrancado de las garras de la muerte.

Pocos momentos despues, se ausentaba el campesino, quien, ya lo supondrá el lector, no era otro que el vaquero Juan.

Una hora mas tarde, toda aquella jente dormia bajo la alerta custodia de los centinelas que se habian distribuido por todas las avenidas. Sin embargo, hai uno que no puede entregarse al reposo: el cabo Montero. Los acontecimientos del dia con todos sus horrores los tenia tan presentes, que en vano hacia esfuerzos por repelerlos de su imajinacion. Pero ¿era esto solamente lo que le impedia conciliar el sueño? No! Entre otros pensamientos que venian preocupándole desde tiempo atras, prevalecia el de buscar un medio de abandonar aquel puñado de hombres cuya conducta no podia conformarle, ni menos imitarla con crueles acciones como las que habia visto en ellos.

Se acercaba ya el nuevo dia, sin que al buen cabo le abandonase el insomnio, cuando sintió pasos y luego percibió un bulto que se dirijia a donde él estaba. ¿Qué buscaba esa sombra con sus pasos lentos y misteriosos? Por qué se levantaba cuando todos dormian? Una funesta idea asaltó luego la mente del cabo: aquel bribon habia visto sin duda la carta que le entregaran, y creyéndola de suma importancia, como era mui probable, trataba de hurtársela a toda costa. En efecto: luego vió que el bulto se inclinó, y con la mayor suavidad empezó a palparle los bolsillos. — « Te engañas, miserable! dijo para sí el cabo; solo a costa de mi vida me despojarás de esta reliquia!»

Faltándole ya la paciencia para sufrir el prolijo y escandaloso rejistro que se hacia de su cuerpo:

—Eh! gritó, haciendo saltar al realista esplorador; quién anda aquí!

—Soi yo..... Vamos, camaradas, parece que ya es hora de partir. Alza! que el dia viene.....

Y diciendo esto el realista se retiró, dejando mas tranquilo al pobre cabo, quien no pudo dejar de esclamar:

-Bandidos! Pierdan cuidado, que ya les dejaré sin la tentacion El cabo Montero habia tomado una resolucion.

Como se había ordenado, mui de madrugada estaban los caballos ensillados, y despues de proporcionarse en la hacienda los recursos posibles, con ese derecho que creian les otorgaba la guerra, partieron con direccion al Sur.

Lo que hicieron en su tránsito hasta llegar a Talca, eso sábelo solamente Dios!

X.

Tomemos ahora nosotros el confuso sendero que del llanito conducia al rancho del vaquero Juan.

El dia es hermoso: un viento fresco templa un tanto los abrasadores rayos del sol de febrero. Empero el campo presenta un aspecto melancólico, ¡quizás porque el ánimo está para verlo todo triste! No se siente otro ruido que el causado por el viento al penetrar en la fragosa montaña. Los animales mismos parecen resentirse de los recientes sucesos: aquí está el uno rumiando bajo la sombra de un copudo árbol, y allá el otro, echado al raso, sin dar mas señales de vida que cuando torna su deforme cabeza para mirar del lado que siente ruido. Verdad que es ya medio dia, hora en que el bruto, harto de sustento, busca la sombra, anhela el descanso.

Alla en el de por sí triste rancho de Juan no ha podido entrar

la alegria ni con la libertad del amo. Pero no era posible: al llegar Florencio, que no hacia mucho salia de los brazos del realista, se habia arrojado en los de su amada Aurora esclamando:

-- Aquí me tienes, libre es verdad, pero destrozada el alma! Ayú-

dame, Aurora, a llorar por esos infelices !....

Y ambos mobles y escelentes corazones! no habian podido serenarse por largo tiempo.

No es, pues, estraño les encontremos haciendo duelo por las po-

bres víctimas.

Sin embargo, ávida Aurora por conocer los incidentes a que Florencio debia su salvacion, le interrogaba a cada momento para que se los refiriese.

—Todo lo debo a ese hombre! le contestó por fin Florencio, y no sé que haria por recompensar su loable accion! No obstante, confio en que de algo ha de servirle mi carta. Dios le haga feliz algun dia premiando sus beneficios!

-Ah! si yo pudiera verle, decia Aurora, le serviria en cuanto

pudiese, le miraria como a un padre, seria su esclava.....

En ese momento Josefa entró corriendo a anunciarles que una persona desconocida se dirijia al rancho.

—Quién será? se preguntaron a la vez los dos amantes, dándose una mirada que espresaba el asombro a la vez que la duda.

-Por lo que pueda suceder, ven, Aurora, ocúltate aquí.

Y la condujo a un especie de alcoba que habia inmediato.

Entretanto, sin detenerse el desconocido habia llegado hasta cerca de la puerta.

Florencio no le reconoció a primera vista, porque el hombre iba ataviado de tal modo, que apenas se le podia ver una parte de la cara.

-Veo que no me conoceis, jóven, fué el saludo del recien llegado.

—Ah! si es.... no mas alcanzó a decir Florencio, volando en seguida a su encuentro.

Luego le cojió por un brazo y, casi fuera de sí, le arrastró para dentro de la habitacion, gritando:

-Aurora! Aurora! aquí teneis a quien debo la vida!....

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando se sintió un agudo grito en el cuarto.

El realista, el cabo Montero, al oir pronunciar el nombre de Aurora y luego al sentir el estraño grito, le pareció que sus sentidos le abandonaban, que aquello era una vision terrible!

Corrió al cuarto, tendió la vista por todas partes, vió un cuerpo

tendido en el suelo, intentó levantarlo.... pero dejándolo caer nuevamente:

-Mi hija! esclamó; es mi hija Aurora!!

Florencio, no bien repuesto de las emociones del dia anterior, veia todo aquello como una ilusion fantástica. No se atrevió a dar un paso del lugar en que apenas podia tenerse en pié.

Segundos solamente contempló a su hija el buen Pedro, el cabo Montero, y volviendo en seguida la vista a Florencio, olvidado por

un momento:

—Fatalidad! esclamó. Aprovechais la ausencia de un padre para robarle la joya de mas valor que posee; con ella le llevais el honor, la esperanza; le asesinais con vuestra conducta..... y luego él mismo viene a ser vuestro protector, os escapa al furor bárbaro de vuestros enemigos, os da, por fin, la libertad! Qué tal, jóven opulento y con derecho para mirar como vuestro lo que pertenece al pobre!....

—No mas, señor! esclamó Florencio, arrodillándose a los piés del ofendido padre, de su bienhechor; perdonad mi estravío, causado por una pasion, mas no por el crímen! Mis buenas intenciones han sido frustradas, que lo diga Aurora, pero ello no impedirá una reparacion que estoi pronto a hacer. Ordenad!.... O si quereis, mi vida

os pertenece, podeis vengaros!

-- Vengarme!.... Destruir ahora mi propia obra!

Aurora habia vuelto de su desmayo, y viendo la crítica situacion de su amante, corrió a la cama, cojió a su hijo, y con él en los brazos se postró, como Florencio, a los piés de su padre, esclamando:

-Tambien perdon para mí y para este inocente!

La vergüenza, el temor, la ternura, todo lo revelaban la actitud y el aspecto de Aurora.

Pedro, despues de contemplar por un momento aquel grupo tan bello como conmovedor, dirijió su vista al cielo y esclamó:

-Asi lo quereis, Dios mio.... sea!

Y no pudiendo ya resistir, solo tuvo tiempo para tenderles sus manos, dejándose caer en seguida sobre una silla, sofocado por la emocion, la voz embargada, respirando apenas!

XI.

Cambiemos la escena.

Al desenlace de la guerra de nuestra independencia (batalla de Maipú), y tambien al desenlace de nuestro Rapto, tenia lugar un hecho de armas que, con permiso del lector, vamos a referir en este capítulo.

Valparaiso se halla bloqueado por la fragata española Venganza, buque que espera por momentos noticias o señales del seguro triunfo del ejército español en Maipú. Sin embargo, esa victoria se hace esperar, mientras el escorbuto se declara a bordo de una manera alarmante. Este contratiempo llega al conocimiento de los porteños, y en el acto se proyecta un golpe a la Venganza.

En la bahia se halla un buque ingles a propósito para la espedicion: armado para un abordaje como lo permitia la premura del tiempo, y tripulado con cuanto voluntario quiso tomar parte en aquella sorpresa, se hizo a la mar con el nombre de *Lautaro* y al mando de un valiente e impetuoso jóven marino, hijo de la Gran Bretaña.

Hé aquí la primera espedicion que, compuesta de un solo buque, zarpa de Valparaiso con la intencion de apoderarse de una fragata enemiga.

La nave española les espera cerca de San Antonio, confiada en que el buque salido del puerto de Valparaiso, tremolando pabellon ingles, no puede ser sino conductor de buenas noticias y tal vez de víveres para su tripulacion.

Entretanto, la jente de la presunta fragata inglesa está preparada ya para el abordaje: algunos ingleses que iban a bordo eran los elejidos para el primer asalto.

A punto de darse la señal de ataque, se reconoce al buque enemigo: no es la Venganza sino la Esmeralda, ambas naves de mucha semejanza, y cuyo cambio o relevo se habia acordado en el Sur al saberse la epidemia que imposibilitaba a la jente del primero de esos buques.

Tarde se conocia el error! Forzoso era acometer para salir de aquel lance siquiera con honor!

Estando ya sobre el enemigo, fué arriada la bandera inglesa e izado el tricolor de la patria. El bravo jefe de la Lautaro dió a los ingleses el grito de abordaje; pero estos, fuese por la sorpresa que esperimentaran al reconocer a la hermosa y respetable Esmeralda, o ya porque les faltase el entusiasmo patrio, como a todo mercenario que combate por una causa ajena, es lo cierto que no se atrevieron a agredir. Esto visto por los chilenos, se abalanzan a la pelea en pos de su intrépido jefe, y en un instante se enseñorean sobre la cubierta de la Esmeralda. La tripulacion de ésta se habia precipitado a los entrepuentes: cortaron los guarniles del timon y se hicieron dueños de él, imposibilitando asi el gobierno del buque desde el alcázar de popa.

Los patriotas habian arriado el pabellon español, y viendo que el buque navegaba con rumbo al Oeste sin poderlo evitar, resolvieron desmantelarlo: picaron varios cabos de la maniobra, e inutilizaron completamente las gavias.

Un bergantin español, el *Pezuela*, que acompañaba a la *Esmeralda* en su mision bloqueadora, viendo arriar la bandera de la fragata, se largó a todo trapo con rumbo al Sur.

Casi vencedores se paseaban los patriotas sobre la cubierta de la Esmeralda, cuando un fatal incidente vino a arrebatarles el triunfo: al pasar o asomarse por una de las escotillas el denodado jefe, recibió una bala del enemigo que acabó en el acto con su vida. Como era natural, la confusion y el espanto se apoderó de los patriotas al ver caer a su jefe, mientras que los españoles recobraron su perdida animacion y bravura. Las escotillas vomitaron guerreros, y los desgraciados asaltantes buscaban un refujio mas clemente en el fondo del mar! La fragata Lautaro estaba a alguna distancia y no podia salvar a aquellos desventurados!

La velera Esmeralda siguió su rumbo, y en vano intentó darle caza la pesada Lautaro. ¡Esa presa estaba reservada a otro marino ingles mas afortunado, al gran Cochrane!

El valiente jóven que buscó el término de sus dias con su propia audacia, con su temerario arrojo, acaso hubiera sido el primer y mas alto jefe de nuestra escuadra, uno de los libertadores de América! Mas, no sabemos si un fatal destino, o lo que otros llaman casualidad, le privó de la gloria de los grandes hombres y hasta de dejar su nombre, como el de un mártir de la patria, legado a la posteridad!

El número de las vidas que se perdieron en esa atrevida empresa, hasta hoi es desconocido, pues se ignoraba la gran cantidad de voluntarios que se embarcaron disputándose la preferencia.

Sin embargo, no fué estéril el sacrificio: persiguiendo a la Esmeralda, se tropezó, por decirlo así, con el bergantin San Miguelito, que era portador de la correspondencia oficial de los realistas. Entregado a la fragata Lautaro, ambos buques entraron a la bahia de Valparaiso bajo las ávidas miradas de la multitud que ignoraba los resultados de tan ruidosa como aventurada empresa.

El Pezuela entraba poco despues al puerto de Talcahuano llevando la fatal noticia de haber visto la Esmeralda capturada por los patriotas; pero cual fué el asombro de los que tripulaban el bergantin al ver la fragata anclada ya en el fondeadero! ¡Tales son las peripecias de la guerra!

XII.

La funesta noticia de la muerte del jefe de la espedicion y demas que le segundaron en valentia y denuedo, no tardó en ser del dominio de la poblacion entera de Valparaiso: el sentimiento, por consiguiente, fué jeneral; y en medio de esta noble y pública manifestacion vamos a internarnos en una casa que ya conocemos.

La pobre mujer de Pedro, la buena Rosa, no habia tenido ninguna noticia de su marido desde que salió en busca de su hija. Qué direccion habria tomado, a dónde iria a parar, hé aquí lo que en vano habia tratado de indagar. Sus oraciones, sus promesas, todo habia sido inútil! Se consolaba, sin embargo, con llorar a sus anchas,

atender y mimar a sus hijos!

Un'dia Rosa, rodeada de todos sus niños, hacia esfuerzos por comer, si comer se llama cuando se mastica el bocado sin saborearlo. La pobre mujer, sin poder prescindir de los recuerdos de sus propios infortunios, veia asaltada su imajinacion por las recientes desgracias de sus semejantes. Despues de entregarse a la contemplacion por largos momentos, tendió la vista por todos sus hijos, y esclamó para sí:—« Ah! qué porvenir me esperará, Dios mio! »

Y las lágrimas inundaron sus ojos. A ese tiempo golpearon a la puerta.

Rosa corrió a abrir, y vió a un hombre de campo, montado en buena bestia, que sin apearse le dirijia estas palabras:

-Es esta la casa (y Vd. dispense) de una tal doña Rosa?....

-Para que Vd. me mande.

-Me alegro de conocerla. Traigo esta carta para Vd.

Entonces a Rosa se le escapó un ¡ai! de tal calibre que fué el toque de jenerala para que se agrupase a la puerta el rejimiento entero de niños.

-Pepitol Pepitol gritaba Rosa. ¡Una carta de tu padre! Corre, ven volando a leerla!

—Apéese, pues, cumpa, dijo uno de los niños al portador.

Todos entraron, por fin, a oir la lectura de la carta, inclusos nosotros que no dejamos de tener en ella algun interes; y para cerciorarnos bien, pediremos a Pepito que alce un poco la voz.

« SRA. D. » ROSA MONTOYA:

» Esposa mia: ante todo quiero evitarte sobresaltos anunciándote que somos felices.

» Desde el momento que me aparté de tí y de mis hijos, mi vida ha sido trabajosa, llena de sinsabores.

» Me dirijí al Sur, y en Chillan me hice montonero matucho, (1)

engrosando filas de malvados sin alma ni corazon.

» Me he batido; he estado mirándome cara a cara con la muerte; llegué a ser cruel por mi propia conservacion; pero ¡Dios lo sabe! tambien he obrado como cristiano y he sido premiado por mi conducta: luego verás si tengo o no razon para pensarlo así.

» Llegamos a una hacienda en que hicimos gran número de prisioneros: siete fueron condenados a muerte y ejecutados sin misericordia. El jefe de ellos, un jóven como de 20 años, simpático y de buen parecer, me fué entregado para que le despachase..... a la otra vida, se entiende: yo, Rosa, padre de tantos hijos, ¿habria tenido valor para acabar con tan preciosa vida? Me presenté a mi jefe y le dije: «Señor: en el combate, primero yo que nadie; pero a sangre fria, ni a mi peor enemigo soi capaz de herir. Por otra parte, he servido hasta aquí con la mejor voluntad, sin que la menor nota empañe mi conducta; y esto, señor, ¿no podria valer algo para una gracia que voi a pedir?»-«Si es posible concedérsela, pídala Vd.,» me contestó.-«Me intereso, señor, por la vida de ese hermoso cuanto desgraciado jóven que me ha sido entregado»-«Bueno: haré reunir el consejo y se le informará de su resolucion.»

» ¡Ah! Rosa mia, qué satisfaccion esperimenté cuando a los pocos momentos se me facultó para disponer del prisionero! ¿Qué debia

hacer vo con él, Rosa? Darle la libertad, ¿no es cierto?

» En la misma noche recibí una carta que me envió con el propio sujeto que te entregará esta. (Aquí todas las miradas se dirijieron al vaquero). En ella me ofrecia su casa, su fortuna, su persona misma, en cualquier tiempo y para cuanto fuese útil; me aconsejaba que abandonase la carrera de las armas, y si por desgracia caia prisionero algun dia, entregase esa carta con la seguridad de encontrar clemencia y aun proteccion. Yo, que no veia la hora de dejar aquella pandilla, y notando que intentaban arranearme la carta talvez a costa de mi vida, en la primera oportunidad estravié camino, arrojé las armas, me disfracé cuanto pude, y sin pérdida de tiempo me dirijí al punto que se me indicaba en la carta. Efectivamente; allí encontré al jóven y ¿a quién mas te parece, Rosa?..... allí fuí a tropezar con Aurora, con nuestra hija!!»

A este pasaje de la carta, Rosa juntó las manos, y mirando, inun-

⁽¹⁾ Apedo que se daba a los chilenos que abrazaban la causa del rei. 49 Rev. - Tomo II.

dados de lágrimas sus ojos, al crucifijo que habia sobre la mesa:

-Señor! bendita sea tu misericordia! esclamó.

Hasta a Pepito se le destempló la voz.

-Continúa, hijo, continúa, dijo Rosa.

« ¡Qué situacion aquella, Rosa! El jóven y Aurora con un tierno niño en los brazos me pedian perdon de rodillas!»

Rosa no pudo sufrir mas: largó el llanto, y con ella la mayor parte de los niños. Hasta el vaquero empezó a lagrimar.

-Oiga, oiga, mamita, dijo Pepito.

- « Pero ya han terminado nuestras desgracias, querida Rosa. Al siguiente dia llegó el padre del jóven en su busca: sabedor de todo lo ocurrido, prestó su asentimiento para el enlace de nuestra hija con el suyo; y el mismo dia que se supo aquí el triunfo de las armas patriotas, se celebró el matrimonio que viene a hacernos felices. Se me ha entregado la administracion de la hacienda, y te espero con impaciencia para que con todos mis hijos vengas a participar de la ventura que ya disfrutamos aquí.
- » El mayordomo Juan va encargado de hacerles conducir lo mas pronto posible, porque Aurora ya desespera por verles.
- » La casa y lo demas que allí tenemos, que lo goce mi hermano Domingo.
- » Un abrazo a cada uno de mis hijos, que aquí te los devolverá tu fiel esposo

Pedro Montero.»

—Aquí, hijos, aquí, de rodillas, dijo Rosa a sus niños señalán doles la tarima; y todos, entre ellos el mayordomo Juan, el ex-vaquero, empezaron a dar gracias al Altísimo por su infinita bondad.

ROMAN VIAL.

INDICE.

		Paj.	
	Nuestros móviles y propósitos.— Exordio, por D. Jacinto Chacon	1	
Historia.			
	La Rejion Austral de la América, por D. Juan Ramon Muñoz	140	
	Aventuras y peregrinacion de Mile. Fanny Laviot (traducido por la señorita C. A. C.)		
<	La guerra de los 15 años en el Alto-Perú, por D. Juan R. Muñoz323, 387, 451, Estudios sobre la democracia en la América antes española, por D. Manuel Guillermo Carmona.	611	
	Fastos sangrientos de América. Ojeada sobre las guerras civiles desde la independencia hasta nuestros dias, por D. Manuel G. Carmona	484	
	. Medicina e hijiene.		
	La infancia.—Causa de la mortandad de niños en Chile, por D. Joaquin Zelaya Tesis sobre las endemias, por D Miguel Rosselló Boletin médico, por D. Joaquin Zelaya. Apuntes sobre la tisis pulmonar, por D. Joaquin Zelaya	80 185	
	Biografia.		
	D. José Antonio Miralla, por D. Juan María Gutierrez		
	Topografía e hidrografía.		
	La conquista de Arauco, por D. Aquinas Ried	114	
	Novela.		
	Un amor transitorio, por D. José Antonio Donoso. 296, Alberto el jugador, por Una Madre. 471, 589, 633, 700, Un rapto, por D. Roman Vial. 712,	792	
	Poesia.		
	Impresiones de una noche de luna, por D. Aniceto Chacon. Ramillete: tres sonetos, firmados respectivamente por Una Madre, D.* Mercedes Marin de Solar y D. Jacinto Chacon. Pasion, por D. Aniceto Chacon. A la señorita A. P. (soneto) por D. Lorenzo 2.º Villar.	50 118	
	A 18 SCHOPILA A. F. (SOUCEO) DUE D. LIOTCHEU S. THINKS		

808 ÍNDICE.

Al jeneral Ballivian, por D. Ricardo Bustamante	177			
La cita en el Bio-Bio, por D. Aniceto Chacon	183			
A mi caballo, por D. Benjamin Vicuña Solar	384			
A la señorita N., por D. Benjamin Vicuña Solar	450			
Armonias funebres, por D. Ricardo J. Bustamante y por Una Madre	533			
En un album, per D. Aniceto Chacon	543			
El último paseo a la Alameda, por Z. R. B	600			
Apoteosis de D. Pedro de Valdivia, por D. A. M. F. de Astorga	605			
El alba, por D. Manuel Antonio Hurtado	659			
A D. Juan Ramon Muñoz en la muerte de su esposa, por P. A. M. F. de Astorga	664			
	728			
A Colon, por D. Benjamin Vicuña Solar	734			
	735			
La vida, por D. Manuel José Cortes	736			
A mi querida amiga Doña Concepcion Barrios de Chacon, en la muerte de su hijo				
Aniceto, por Una Madre	805	4		
Amero, por Can american				
· Miscelánea.				
ARTÍCULOS CIENTÍFICOS, ECONÓMICOS, ETC.				
Estraccion de moneda de plata, por D. Jacinto Chacon				
	000			
D. A. Desmadryl.				
Horas de duda, por D. Evaristo Carriego				
Los oradores del 58, por D. Martin Palma				
Estudios sobre la Fotografia, por D. Joaquin Villarino				
Estudios sobre el tiro en la artillería, por D. Emilio Sotomayor 285,	623			
Bosquejo comparativo entre el sistema de artilleria de campaña ingles refermado				
en Francia y adoptado el año de 1829, y el sistema Napoleon propuesto el año				
de 1850. Cañones rayados; por D. Emilio Sotomayor				
Fantasia histórica en 1849, por D. Jacinto Chacon	773			
Biblioteea americana del Sr. D. Gregorio Beeche: Informe y catálogo, por D. Manuel Guillermo Carmona.	240			
Bibliografia				
Invenciones y descubrimientos (copiado de varios periódicos) 63, 386,				
tarton de la constante de la c	310			
Anales de la Sociedad.				
Acta orgánica, 1.ª sesion y discurso inaugural por el Presidente de la Sociedad	53			
Sesiones ordinarias y estraordinarias 122, 190,				
Certámen literario del 18 de setiembre	673			